

Berlín: un mapa para perderse

Juan Villoro

Los viajes de iniciación suelen depender de un azar profundo, una fuerza al margen de la voluntad del desplazado. Robison Crusoe desobedece a sus padres y sube al barco que lo pondrá a prueba; el mar le otorga otra identidad, cubriéndolo con gruesas olas al modo de un bautizo. El descastado cae al agua; junto a él, flotan dos zapatos que no hacen juego. Este detalle nimio le revela su nueva condición: es un náufrago.

En tiempos del turismo en serie resulta difícil someterse a un desplazamiento tan severo como el de Crusoe. El viajero contemporáneo debe buscar modos más sutiles de ser modificado por su errancia. A los 21 años, poco antes de partir a Europa, el escritor peruano Julio Ramón Ribeyro escribió en su diario: “Sólo ansío viajar. Cambiar de panorama. Irme donde nadie me conozca. Aquí ya soy definitivamente como han querido que sea”. La tentación del viaje: ser otro en otras circunstancias. Para Ribeyro, permanecer en el país significaba reiterarse como la peor de las costumbres. A lo largo de las décadas descubrió el paradójico sentido de sus *Wanderjahre*; en el aprendizaje en movimiento, encontró una significativa manera de volver a casa. Curtido por la soledad, Robinson aguarda el punto en el horizonte que se convierta en un barco de rescate. De modo equivalente, después de su Odisea en pensiones de mala muerte y embajadas de elegante intriga, Ribeyro descubrió que el exilio le había servido para regresar a Perú como un náufrago que recupera tierra firme. Sin acudir a los trabajos del océano, los viajeros sutiles encuentran nuevas formas de asignarse tempestades.

Mi acercamiento a Berlín comenzó con una combinación de azares. Una noche de invierno recibí una llamada telefónica. Me invitaban a ser agregado cultural en Berlín Oriental, ciudad que no conocía. En los semanas venideras me enteraría de las accidentadas razones del ofrecimiento.

México pasaba entonces por una fase que el presidente José López Portillo describió con un lema que parecía (y era) de ciencia ficción: “la administración de la abundancia”. Nos habíamos convertido en el cuarto productor mundial de petróleo. Una época irreal en la que había salarios

fuertes y la diplomacia resultaba menos atractiva que en nuestros habituales días de crisis. La burguesía provisional de principios de los años ochenta prefería conocer Nueva York que vivir en el Berlín socialista. Además, en la propia Cancillería me advirtieron que el cargo de agregado cultural en la RDA era especialmente conflictivo: tres ocupantes en tres años. También esto tenía que ver con la dramaturgia del destino. Al asumir la presidencia, López Portillo fue consultado acerca de su ideología. En un veloz raptó filosófico se declaró “hegeliano no ortodoxo”. Acto seguido, buscó una forma de justificarse y descubrió que el Congreso Hegel tenía su sede permanente en Berlín Oriental. En su personal aplicación de la “astucia de la razón”, nombró embajador a un filósofo convencido de que la realidad se aplica a la teoría y no al revés. Nuestra misión en el Este tenía por objeto conseguir que el Congreso se celebrara por primera vez fuera del ámbito europeo, en las tierras del águila y la serpiente, comandadas por un hegeliano no ortodoxo. Entre abundantes sofismas y silogismos, se creó un clima de resentimientos y despidos sin que se consiguiera la anhelada sede. Yo fui el cuarto agregado que se enteró de la auténtica función que cumplía: posponer cualquier iniciativa que pudiera volverse real. Con una irrefutable cadena causal, el embajador exigía que trabajáramos con denuedo para no dar nunca el último paso, temeroso de que, si conseguíamos el Congreso, nos regresaran a México al día siguiente. Me sentí como Joseph K ante las puertas de la sabiduría hegeliana hasta que me asignaron otra misión, recuperar el Códice de Dresde. Según se sabe, también fracasé en esta tarea.

Como los malos programas de televisión, la invitación a Berlín parecía tener “fallas de origen”. Un trabajo difuso en una oficina llena de conflictos. Sin embargo, no dudé un momento en aceptar la baraja que me ofrecía Fortuna.

Mi desconocimiento de Berlín era absoluto, pero sentía un poderoso anhelo de reparación. Durante nueve años estudié en el Colegio Alexander von Humboldt de la ciudad de México. Un extraño examen de admisión me situó en un grupo donde todas las materias (salvo Lengua Nacional) se cursaban en alemán. Así las cosas, crecí en un mundo donde mis compañeros se llamaban Helmut, Peter y Rudy, y donde teníamos que resolver problemas matemáticos relacionados con las paradas del tren entre

Colonia y Hamburgo o la cantidad de semillas de amapola necesarias para hacer un *Mohnkuchen*, pastel tan exótico en México que había sido decomisado en la Pastelería Alemana de Tacubaya por un comando antinarcóticos, convencido de que se trataba de venta clandestina de opiáceos.

Como yo era de los pocos mexicanos en la clase, los maestros me consultaban sobre las tradiciones vernáculas. ¿Qué pensaba mi familia de los sacrificios humanos de los aztecas? ¿En verdad comíamos una salsa con cuarenta chiles sin que se nos perforara el estómago? ¿Las calaveras de azúcar que se regalaban el Día de Muertos eran una señal de aprecio o una ofensa horrible? Me gustaba dar una versión exagerada de la patria y tal vez por eso mis maestros me consultaban más que a otros compañeros. Crecí como un folklorista exaltado entre alemanes, educación bastante apropiada para un futuro agregado cultural en Berlín.

No todas las pasiones comienzan con una flecha; algunas son hijas del rechazo, de un repudio que poco a poco cambia de signo. Recuerdo la primera vez que un maestro trazó en el pizarrón algo que parecía una cancha de fútbol y era “el mapa de una frase en alemán”. De sobra está decir que un idioma susceptible de tener una cartografía de las frases, es un portento de la razón no siempre asimilable. El alemán fue mi primera lengua escrita. Tal vez me hubiera sumido con mayor deleite entre sus ricas cláusulas subordinadas y sus esquivas declinaciones, de haberle encontrado utilidad práctica. Pero soy el mayor de mis hermanos y en la casa nadie hablaba alemán; jamás había puesto un pie en el país de mi idolatrado Beckenbauer y mi único contacto extraescolar con su lengua eran las dos o tres frases que algún nazi de monóculo y voz tipluda gritaba en una película. A los ocho años, en un acceso de *angst* existencial, me pregunté por qué me habría destinado mi familia a aprender el idioma de los villanos de Hollywood. Aunque teníamos frontera con Estados Unidos y los Beatles cantaban *Help* en todas las radios, yo leía *Struwwelpeter*. Fue tal mi rechazo a la lengua alemana que a los catorce años, ya fuera del Colegio, me propuse olvidarla, con aniquilación fanática. Creí lograrlo, pero a veces, en la alta madrugada, un sueño ocurría en alemán. Como un personaje de E.T.A. Hoffmann, despertaba bañado en sudor, temiendo encontrar en mi cama el gato negro

de los maleficios. Al abrir los ojos, volvía a un mundo sereno donde no hablaba alemán; luego, me sumía en un sueño feliz donde yo era un comanche monolingüe.

Pero nadie sabe lo que corteja en secreto. Una tarde de 1971, un libro me convirtió a la literatura. Empecé a leer con imparable desorden hasta llegar, pocos años después, a *El tambor de hojalata*. Oscar Mazertah tocó su redoble y lanzó su grito vitricida en mi refugio antialemán. Leí en español a Grass, Thomas Mann, Kafka, Bernhard, Joseph Roth, Handke, hasta que algo comenzó a rasgarse. El idioma relegado, las palabras de castigo de mi infancia, los gritos del oprobio, se transfiguraron en un poderoso oleaje en el que me dispuse a naufragar. Cuando me invitaron a Berlín, nada podía impedir mi atrevimiento: hablaría alemán, mal pero lo hablaría; amaría esa lengua con los descuidos del forastero y el fervor del converso; aceptaría la extravagancia de un dominio donde lo que no se entiende está en español (“*dass kommt mir Spanisch vor*”) y donde lo que no tiene respuesta se denomina “la pregunta de Margarita”, en alusión a una escena capital del *Fausto*, en sí misma inolvidable, y más para mí, casado con una Margarita. El destino sabe mover sus fichas.

En junio de 1981, como el irresponsable Crusoe, despegué rumbo a Berlín. Mi bitácora de vuelo era *El espía que salió del frío*, de John Le Carré. Desde el aire, a través de jirones de bruma, vi por primera vez el Muro, la cicatriz que estructuraba la ciudad.

Durante tres años el hecho fundamental de mis jornadas sería el Muro. Todo se definía por su contorno, a tal grado que en 1992, en mi primer regreso a Berlín después de la reunificación, aluciné su presencia. Iba en un taxi por Bornholmerstrasse, en una inverosímil línea recta que de pronto me pareció una misión suicida. Cerré los ojos, creyendo que chocaríamos contra el Muro. Las piedras aún no se desmoronaban en mi interior.

Gracias al *Ausweiss* rojo de los diplomáticos, durante mi estancia crucé casi a diario por *Checkpoint Charlie*, la garita construida como un set para una película de la segunda guerra mundial. A veces lo hacía a pie, escuchando mis pasos en los tablones de madera, viendo en las torretas de vigilancia una tecnología obsoleta y sin embargo inexpugnable.

Del lado occidental, había miradores, semejantes a la plataforma de clavados de una alberca. Bastaba subir a uno de ellos para ver la franja divisoria, sólo habitada por conejos que tenían el peso ideal para pasar sobre las minas sin activarlas. El cerco suscitaba en el testigo un repudio más allá de cualquier ideología, un repudio orgánico, que no requiere de argumentaciones, equivalente a lo que, a propósito del 11-S, Martin Amis ha llamado “vergüenza de especie”.

Con frecuencia, lo primero que los ciudadanos de la RDA hacían al escapar a Occidente era subir a uno de esos miradores para cerciorarse de que habían hecho bien. Luego miraban los *graffitis* en el costado occidental del Muro, las proféticas señales que decían *Ausgang* (salida), las coloridas pruebas de solidaridad que, años después, se venderían en tantos pedazos como si el Muro hubiera sido tres veces mayor que la Muralla China.

Se podría hacer una colección kafkiana de escenas de frontera. Fui testigo de una de ellas al acompañar al crítico de cine mexicano Leonardo García Tsao. Pasé por él a Berlín Occidental para llevarlo a una visita de unas horas con editores de Berlín Oriental. Nos detuvimos en *Checkpoint Charlie*. Al revisar el pasaporte de García Tsao, el guardia desprendió la fotografía. Se ruborizó hasta alcanzar ese tono de jamón curtido que los alemanes sólo suelen conseguir en Mallorca, pidió disculpas, devolvió el documento, se cuadró con prusiana disciplina.

Poco después regresamos al punto de vigilancia, ante el mismo guardia. García Tsao mostró su pasaporte.

--No puede pasar --dijo el representante de la ley.

--¿Por qué?

--La foto está desprendida.

--Sí, usted la desprendió por accidente.

--Sí, pero debe estar pegada.

--Estaba pegada cuando usted la desprendió.

--Debe estar pegada.

El diálogo continuó como un ejercicio de surrealismo alemán (ese caos lleno de reglas) hasta que decidimos ir a la embajada a restaurar el pasaporte.

Primo Levi ha mostrado que incluso en el universo concentracionario es posible burlarse de la historia. A pesar de los espejos rodantes que se introducían bajo los coches para revisar el chasis y los bolígrafos abiertos en busca de sospechosos microfilms, los puntos de cruce cedían a veces a una peculiar variante del contrabando, el sentido del humor. Durante el carnaval, asistí a una fiesta de disfraces en Leipzigerstrasse, muy cerca de la frontera. Desde un balcón, entre la bruma olorosa a lignito, podíamos ver a los amigos que llegaban de Berlín Occidental. Uno cruzó disfrazado de oso, otro disfrazado de conejo. Un guardia excepcional, sólo dejó pasar a uno de los convidados, vestido como la parte delantera de un caballo, cuando la parte trasera también llegó a su puesto de vigilancia.

En las noches de fin de año, el cielo se unía en el resplandor de los fuegos artificiales, como un estallido de los inconfesados deseos de reunificación. La lumbre se mezclaba en lo alto como un rito propiciatorio.

Costaba trabajo imaginar entonces que la ciudad cambiaría de manera radical. Aún más costaba imaginar las consecuencias individuales que traería ese acontecimiento. Una década después de la caída del Muro, en un bar cercano a *Checkpoint Charlie*, conocí a un hombre acompañado de un pastor alemán. El perro, bien entrenado, nos veía beber *doppelkorn* como si contara cuántas copas llevaba cada quien. El desconocido había trabajado como guardia de frontera. En 1989, cuando cayó el Muro, tenía más de cuarenta años y no calificaba para los cursos de “reubicación educativa”. Ahora tenía más de cincuenta y vivía como un jubilado precoz. No se quejaba; había logrado la custodia del perro que lo acompañó en sus recorridos. Hacia la media noche salimos del bar. Lo seguí a la distancia. El hombre recorría las calles donde antes estuvo el Muro. De vez en cuando se detenía y saludaba a otro hombre, que también llevaba un perro. Un saldo alucinado de la historia, pasos perdidos en la tierra que fue de nadie: el anillo de los perros.

En ocasiones, al hablar con algún amigo de la parte oriental sobre la reunificación alemana, escucho este comentario: “la caída del Muro fue buena, pero no para mí”. La película *Good bye, Lenin* ha captado el desasosiego de una generación que dejó de creer en la incumplida aurora de un régimen autoritario, pero no encontró en el mundo del consumo y la competitividad una alternativa válida.

En pocas ciudades la historia vuelve sobre sí misma con tan convulsa insistencia como en Berlín. No es casual que en 1999, la revista *Lettre* convocara a un concurso internacional de ensayo con un tema innecesario en otras latitudes: “¿Puede el futuro liberarse del pasado?”. En la misma sintonía se inscribe una portada de la revista *Der Spiegel* de 2002, a propósito de discusión en torno al antisemitismo y al novelista Martin Walser: “¿Cuánto pasado soporta el presente?” La continua reelaboración de una memoria rebelde ha hecho del pasado una especialidad alemana. La estrategia de ocultamiento con que se sepultaron y suprimieron documentos de la época nazi, no fue repetida con la caída del Muro. Las actas de la Stasi están a la disposición de quienes fueron vigilados. Algunos lúcidos comentaristas (Grass entre ellos) pensaron que la apertura de los archivos envenenaría la vida de la Alemania unificada, provocando recelos y tardíos ajustes de cuentas en un pueblo que, en buena medida, había vivido para espiarse y delatarse. Sin embargo, la lectura de las actas, aunque ha menguado algunas reputaciones, en lo esencial ha servido para mostrar la madurez de una nación que convive con sus fantasmas. La pasión por la *Vergangenheitsbewältigung* (superación del pasado) expresa algo más que el gusto alemán por unir palabras largas.

A diferencia del Berlín actual, donde la discusión sobre el monumento a las víctimas del holocausto ha dado lugar a una biblioteca entera, en la RDA el pasado obedecía a un incuestionable guión sobre la fuerza del materialismo histórico y el papel del proletariado como piloto del progreso. El Museo de Historia Alemana soslayaba las referencias a Bismark o Federico el Grande para narrar la saga del movimiento socialista alemán, de Karl Marx y Rosa Luxemburg a la liberación de Berlín por parte del Ejército Rojo. Para oídos extraños, la palabra “liberación” tenía un aire ambiguo; sugería que los alemanes habían sido rescatados de sí mismos por un ejército extranjero.

Durante una visita del cuerpo diplomático al Museo de Historia Alemana, el guía dejó que el grupo de visitantes avanzara por la sala y llamó aparte a un general soviético.

--Tengo algo para usted --dijo en voz baja.

Los seguí hasta un pequeño aparador, tapado por una cortina. El guía recorrió el paño protector. Vimos la cabeza de un judío, reducida con la

técnica de los jíbaros. Aquel objeto había servido de pisapapeles al comandante de un campo de concentración. Me sorprendió que esa prueba del horror estuviera y no estuviera expuesta. ¿Con qué criterio la mostraban? Quise que el guía me lo dijera.

--Su pregunta es inmoral --me respondió.

En la RDA la responsabilidad de las preguntas sin respuesta se transfería a quienes tenían la impertinente temeridad de hacerlas.

En la parda cotidianidad de la que era testigo, ante funcionarios que comían *soljanka* y los coyotes del Jardín Zoológico que contemplaban nuestros actos escolares sobre la amistad mexicano-alemana, era difícil distinguir indicios de rebeldía. Sólo de manera retrospectiva puedo encontrar escenas que presagiaban el inaudito tránsito a otro orden.

En una ocasión asistí a una reunión en una iglesia evangélica. Me pidieron que llevara documentos a Berlín Occidental para una red de apoyo a los pacifistas orientales. Sin arriesgar más palabras de las necesarias, me hicieron saber que un vasto entramado de resistencia aguardaba una oportunidad para actuar. En un lenguaje seco, objetivo, me refirieron situaciones que podían costarles el trabajo y la libertad. No vi gestos mesiánicos ni pretensiones de heroísmo. Gente que trabajaba por el Principio Esperanza con una actitud artesanal, pragmática y serena. Carpinteros de la resistencia.

En otra ocasión asistí a un desfile de modas con música punk. La idea puede sonar elemental y aun frívola, pero aquella escenificación resultó mucho más creativa que los académicos montajes del Berliner Ensemble. Había algo desconcertante, transgresor, en las chicas con ropas que nadie usaría en las calles que nos rodeaban; un desfile para una moda conjetural, fantasmática, imposible. Poco a poco, el espectador comprendía que lo decisivo no era la música tecno, los pelos pintados de azul, las uñas plateadas, los movimientos de pantomima expresionista; la atención se desplazaba a la gente congregada ahí, como un foro de la disonancia. En los meses siguientes conocí a otros asistentes al desfile; dramaturgos, pintores, periodistas, editores, una constelación crítica que buscaba misteriosas formas de articularse.

De modo aún más nítido, la exposición de Joseph Beuys en la Representación Permanente de la RFA en Berlín Oriental significó una peculiar cita con el porvenir. La figura del conejo, única especie endémica de la tierra de nadie, era tema de varias serigrafías. El artista recorrió la muestra, alto, pálido en extremo, con su emblemático sombrero de fieltro, como una pieza más entre las instalaciones. También ahí el elemento decisivo fue el público, que apenas cabía en los salones y procuraba no pisar las rocas, los fierros oxidados, los trozos de materia que la mirada superatenta de los visitantes convertía en elocuentes desechos de la historia. Una nueva gramática alemana surgía en esos enseres averiados; los objetos podían declinarse y conjugarse. El antiguo soldado de la segunda guerra traía su mundo hecho añicos a un sitio donde la demolición era disidente, un presagio del Muro que caería en pedazos.

Algo cambiaba en la vieja Alemania, pero yo no me daba cuenta. Vivida como presente, la historia es un amasijo que rara vez cobra sentido. Se necesitan años, a veces décadas, para que los fragmentos, la basuras del tiempo, se expongan como una instalación de Beuys y cobren insólito sentido.

En 2002, año de elecciones, visité la tumba de Hegel en Chauseestrasse. ¿Qué diría el filósofo de los actuales trabajos de la historia?, ¿reconocería la mano de la Providencia en el nuevo Berlín, que crece con la furia de una ciudad latinoamericana y el presupuesto de varias décadas de misiones espaciales a Marte? A unos metros se alzaba la tumba de Heiner Müller. Su entierro, en 1996, fue un acto decisivo, acaso el último, de la izquierda crítica alemana. Ácido, irónico, muchas veces contradictorio, Müller dijo que permanecía en la RDA porque ahí era más fácil llenar la declaración de impuestos. Entre los árboles del cementerio, resonaban sus palabras: “Hay que desenterrar a los muertos, una y otra vez, pues sólo en ellos se encuentra el futuro. La necrofilia es amor al futuro”.

Más allá de las cambiantes lecciones que otorga la memoria, ¿cómo recuperar un trazo cierto de mis días berlineses? Curiosamente, mi único acceso documental a ese tiempo son los archivos de la Stasi. Según narra Thomas Brussig en su novela *Héroes como nosotros*, la RDA llegó a tal automatismo de la vigilancia que se escribieron millones de informes sobre

personas que en modo alguno comprometían al régimen. En mi calidad de diplomático, se me abrió un expediente de rutina. En dos ocasiones he revisado los datos que invisibles informantes escribieron sobre mi vida en la sombra. La verdad sea dicha, esperaba haber llevado una existencia paralela tan clandestina que ni siquiera a mí me había revelado su apasionante interés y que, sólo ahora y con ayuda de expertos, lograría sorprenderme. Con vanidad paranoica, deseé una intensa trama sumergida en la marea de los sucesos cotidianos. Sin embargo, mi vida secreta fue aún más rutinaria que mi vida evidente. Entre las fichas que me entregaron, se mencionaban bagatelas, un encuentro casual con un artista, mi tarjeta de visita hallada en el pasaporte de un exiliado chileno. Lo único digno de mención es que seguí siendo observado en México cinco años después de mi partida de Berlín. Que se vigilara de ese modo a alguien de probado desinterés revela la desquiciada magnitud del acoso burocrático.

Resulta imposible defender el universo represivo de la RDA. Sin embargo, también me parece insostenible la idea de que los alemanes orientales vivieron de un modo erróneo en todas las instancias de la vida y sólo después de la caída del Muro recibieron las instrucciones para entender la realidad. Günter de Bruyn ha captado de manera inmejorable el valor ambiguo con que regresan los recuerdos de la RDA para quienes vivimos ahí: “¿Puede alguien entender la nostalgia que suscita la desaparición de un orden detestable?” Más que la oprimente realidad, extrañamos lo que fuimos en ese entorno, los rastros de vida borrados como una necesaria rectificación histórica.

En Berlín se abre como un museo en permanente construcción que incluye numerosos museos parciales. La efigie de Nefertiti, las estelas mayas, la Calle de las Procesiones de Babilonia brindan señas de identidad de una ciudad donde los edificios son ponencias en piedra sobre el accidentado transcurrir del tiempo.

En 2002 volví al Museo de Pérgamo con un grupo de mexicanos, entre ellos mi madre. Contemplé el delirio azul del palacio de Nabucodonosor y la lucha de los titanes del altar de Pérgamo hasta que una horda de guardias uniformados nos recordó la vieja sentencia de Theodor Fontane: Prusia no es un país que tiene un ejército sino un ejército que tiene un país. Se acercaba

la hora de cierre y fuimos obligados a salir con celeridad marcial. No hubo modo de reunirnos dentro del museo. Ya afuera, contamos cuántos éramos. Siete. Faltaba el octavo pasajero. Mi madre.

Toqué las puertas de cristal que custodian el arte de Asia menor hasta que una mujer salió a ver qué sucedía. Le dije que mi madre había quedado dentro del museo. Una amiga asentía en español a todo lo que yo decía, con tan convincente preocupación, que la mujer nos abrió la puerta y le pidió a un hombre que nos acompañara con una linterna. Así emprendí un espectacular recorrido por las ruinas de la historia. Desviábamos el haz luminoso en busca de un doble origen, el de la civilización y el de mi madre, candidata ideal para estar ahí y cuyo alegre sentido del apocalipsis la hace no sólo prever sino elegir adversidades. De encontrarse en ese sitio, su única preocupación sería saber si podría fumar en las ruinas de Urk. Entre las sombras y la espesura de los años, vimos trozos de héroes, bajorrelieves, tumbas, águilas, frisos, jeroglíficos, animales de fábula, perfiles de reyes barbados. De pronto, ocurrió una transferencia de papeles. El guía empezó a estar más motivado que nosotros; insistió en revisar dos veces el mismo sarcófago, se sentó de modo innecesario en un trono sumerio, la linterna hacia arriba, como un luminoso bastón de mando; enfrentó en forma metódica algo que le parecía enormemente plausible, la desaparición de mi madre en la arqueología de Berlín. Con gesto resignado nos llevó a los baños. Para él, el misterio sólo tenía importancia en un escenario mitológico. Tampoco ahí encontramos a mi madre. Después una larga búsqueda, pedí usar el teléfono. Llamé al hotel. Mi madre ya estaba ahí. Al no encontrarnos a la salida, optó por la catástrofe menor de tomar un taxi. Pensé que me sería mucho más difícil disculparme ante la solícita mujer que atendía el museo de lo que me había sido pedirle que abriera la puerta a deshoras. Pero ella encontró perfectamente natural lo ocurrido. Los guardias eran muy precipitados, una madre no puede dejarse a la deriva, los museos están para ser revisados, ¿habíamos visto bien cierta pieza asiria?

Sólo en Berlín he estado en un museo de noche recorriendo salas con la misma arbitrariedad con que las piezas han sido reunidas. ¿Qué leemos cuando leemos el tiempo? ¿Buscamos a un protagonista que podría estar ahí pero ya fuma un cigarro en otro sitio? ¿Su ausencia permite que veamos por

excepción y descubramos que lo decisivo no es nuestra huella sino el revelador entorno? En la travesía nocturna no leí una sola cédula informativa ni supe a ciencia cierta lo que vi, y sin embargo, esa revuelta marea de piedras, o de sombras de piedras, me acercó como nunca al vértigo de la historia, a lo que tiene de demolición y enigma, a su fuerza para atenazar el presente.

Afuera, fluía un brazo del Spree. En el horizonte, se recortaba una ruina reciente, el antiguo Palacio de la República de la era socialista. Una grúa se alzaba junto al gran domo de una iglesia. Las construcciones en uso parecían tan intrincadas y precarias como las de dentro del museo. Un ensamblaje en recomposición perpetua, como un juego de Lego. “El que quiera continuidad, que vaya a la Toscana”, me dijo hace poco en Barcelona el responsable del plan maestro de reconstrucción de Berlín.

Durante tres años, la ciudad en espejo me convirtió en un desplazado por partida doble, un náufrago voluntario, que perdía la brújula en el Este y el Oeste. Después de todo, fue en ese territorio donde Walter Benjamin concibió la más célebre de sus formulaciones: “Importa poco no saber orientarse en una ciudad. En cambio, perderse en ella como quien se pierde en un bosque, requiere aprendizaje”. Berlín: un mapa para perderse.

La historia de mi extravío comenzó en el verano de 1981, cuando se instalaban los cohetes de mediano alcance para forzar el desarme de la Unión Soviética. La gente se asoleaba desnuda en los parques con un desparpajo que desconcertaba al joven mexicano, no sólo por su formación conservadora, sino porque eso sucedía en los albores del fin del mundo, a siete minutos de la conflagración final, sin posibilidad de dar aviso a la población civil. En caso de estallar, el delirio que el presidente Reagan a veces llamaba Armagedon y a veces Guerra de las Galaxias, los supervivientes estarían en el metro de Londres o en un inexpugnable cráter de Yucatán, no en los lagos de Berlín, que quedarían anegados por harina de huesos.

Mi trabajo en la embajada me llevó a hablar con nuestro agregado militar en Múscú, el general Guerrero, un hombre que llevaba su profesión en el apellido y la mitigaba con un carácter paciente y sus vastas lecturas. El general solía servirse de Tolstoi y Stendhal para hablar de batallas. En una

de sus excursiones por la literatura bélica, me explicó que en términos logísticos las dos Alemanias se descartaban del mapa nuclear. No eran otra cosa que la línea de fuego. Los opositores a la escalada atómica, hablaban de un “equilibrio del miedo”. La película del momento, *El día después*, contribuyó a nuestra paranoia. No podíamos ver una coliflor sin pensar en el hongo de Hiroshima. Los edificios destruidos desde la segunda guerra parecían anticipar el futuro paisaje de la ciudad. Los cuerpos tendidos en la hierba no mostraban la adoración solar de quienes salen de un invierno crudo, sino la desesperada urgencia de quienes saben que ése puede ser el último verano. En México la guerra es algo que ocurre lejos o se pierde pronto. Alemania atravesaba su “verano ardiente”, la última gran escalada de la carrera atómica.

En su libro póstumo, *Sobre la historia natural de la destrucción*, W. G. Sebald reflexiona acerca de la incapacidad alemana para elaborar su sufrimiento durante la guerra. El sentido de culpa aplastó en tal forma la consciencia que se acallaron los testimonios del dolor. Sebald refiere la anécdota de un hombre que viaja en tren y mira por la ventanilla los escombros en que se han convertido las ciudades alemanas. Todos saben que es extranjero porque es el único que ve hacia afuera. En el verano de 1981, muchos amigos alemanes participaban en iniciativas pacifistas pero se negaban a verse como víctimas potenciales. Un estoicismo de la historia parecía acorazar sus emociones. En una de las terrazas donde bebíamos cerveza dulce, me sorprendió que las abejas se acercaran a nosotros en pacíficos enjambres. “Aquí sólo las abejas son pacíficas”, me dijo un amigo, quizá aludiendo a las fuerzas de ocupación en el Oeste, al ejército soviético en el Este y acaso también a la condena alemana ante la historia, a aceptarla como un estoico maestro del Colegio Alemán aceptaba que el dentista le barrenara los dientes sin anestesia. Recordé otra inolvidable descripción que Benjamin hace del cuadro *Angelus Novus* de Paul Klee: “ En él se presenta a un ángel que parece estar a punto de alejarse de algo que lo tiene pasmado. Sus ojos y su boca están desmesuradamente abiertos, sus alas desplegadas. Tal deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una sola catástrofe que incesantemente acumula escombros

sobre escombros y los arroja a sus pies. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y unir lo destrozado. Pero desde el Paraíso sopla una tormenta que se ha enredado en sus alas con tanta fuerza que ya no puede cerrarlas. Esa tormenta lo empuja incesantemente hacia el futuro, al que da la espalda, mientras el montón de escombros que tiene delante crece hasta el cielo. Esa tormenta es lo que llamamos progreso”.

Según sabemos, las ojivas nucleares aplazaron su lluvia de fuego, la RDA se convirtió en otra cicatriz alemana, los escombros cedieron su sitio a la arquitectura a la carta de Gehry, Piano y Foster, los ídolos de bronce se fundieron para producir otras estatuas y las calles fueron rebautizadas para desesperación de los taxistas. El mundo de ayer encontró una forma de acabarse sin imitar en exceso la tormenta pronosticada por Benjamin.

La ciudad donde Wim Wenders descubrió que los ángeles oían las voces nunca pronunciadas de los habitantes dejó de ser mi lugar de residencia y se transformó en una ciudad cambiante que sin embargo no deja de hacerme creer que le pertenezco en cierta forma. No voy a Berlín: regreso.

En uno de estos retornos participé en unas jornadas sobre México en la Casa de las Culturas del Mundo. En la sesión final comenzó a nevar. Por el ventanal que da a los prados y los árboles vimos acercarse a un grupo de conejos. Una ciudad que deriva su nombre de un oso y cuya estación principal se llama Zoo, no puede ser ajena a la fuerza metafórica de los animales. De manera apropiada, en el Tiergarten viven los descendientes de la única especie que habitó la tierra de nadie. Mientras hablábamos sobre la fuerza magnética de las ciudades, bajo la nieve, los conejos de la historia buscaban hierba fresca.